

PRISIONERO DE LÍMITES

En las noches tatuadas por el viento
cuando el frío amontona las ausencias
y el recuerdo distancia nuestras mentes
del calor de los sueños provocados,
vienes, muchacha extraña, a desvelarme
un tiempo irreal que tuve que vivir.

Irrumpiste en la gris monotonía
de los días iguales,
cuando ni en la más rauda fantasía
te esperaba. Recuerdo mi cansancio de entonces
restos de tedio que colgaba
con un vencido traje por las noches
o en el rostro indolente
y amargo que ocultaba en el periódico.
Como una voz que emerge desde dentro llegaste
otorgando un incierto sentido a mi deseo,
prisionero de límites.

Qué esplendor conocerte...
cruzar las viejas calles
de turbios ojos juzgadores,

mi brazo de alegría
apresurándote. Subir
a la olorosa brisa de los acantilados
o recorrer descalzos los parques en la noche
sabiendo que la vida era ya nuestra.

A veces —cómo haberlo impedido—,
advertía en tus ojos
el precio cruel de un tiempo que ni a ti
ni a mí pertenecía.
Mas nuestro pacto fue
nunca hablar del pasado,
de la terrible fuerza de muros imposibles.

No sé por qué de golpe
la noche es la sorpresa de tu rostro
ni por qué vienes sin llamarme
en la efímera luz de aquellos días...
¿Dónde estarás ahora, ciudadana del mundo?
¿Qué íntimas paredes,
qué labios sentirán la claridad
que juntos compartimos?
Donde quiera que estés
mi recuerdo te sigue,
mi esperanza en mañana
por haber creído en este hombre
enloquecido y triste,
por unos pocos,
irremediables sueños.

JUSTO JORGE PADRÓN

(Del libro "Los Oscuros Fuegos". Accésit del Premio "Adonais" 1970).